CAPÍTULO VIII.

Peligros del P. Malagrida en medio de los Guaranis.

No se le ocultaba al celoso Apóstol la doblez, inconstancia y ferocidad de los indios Guaranis, pues la sangre del P. Villar, todavía fresca, bastaba para convencerle de cuán poco podía fiar en sus promesas y ofrecimientos. Mas como la caridad no conoce escarmiento, ni los trabajos, ni la muerte arredraban su ánimo, cuando se atravesaba por medio el bien de las almas; persuadido de que el acierto y buen éxito estriban no pocas veces en la prontitud, con que se aplican los medios, puso inmediatamente manos á la obra, resuelto á no volver un paso atrás en la empresa proyectada. Principió, pues, por conciliarse el afecto de los bárbaros, añadiendo á las caricias, que ablandan la voluntad y el querer, todas las industrias que le dictaba su celo.

Al fin y al cabo, con su mansedumbre, con sus generosos donativos, y con su perseverante oración parecía haber conquistado los ánimos de los salvajes, puesto caso que le invitaron á ir á sus rancherías para exponerles las verdades de nuestra santa fe. A esto había dirigido sus constantes esfuerzos, por lo cual te-

miendo que se le escapara la ocasión, sin perder momento partió á los Guaranis, acompañado de unos veinte Caicaises, en quienes tenía mayor confianza.

Hiciéronle los salvajes un acogimiento inesperado: corrieron con grandes alaridos, de que usan indiferentemente cuando pelean y cuando cortejan, á esperarle: llamábanle con el dulce nombre de Padre y le acompañaban como en triunfo con grandes demostraciones de júbilo. Vinieron sin armas presididos por su cacique, ó reyezuelo, que ceñía corona de variedad de plumas bien matizadas y llevaba su bastón con empuñadura y contera de plata. Seguían á éste varios jefes, todos con coronas de vistosas plumas, de ellas unas armadas bajo cintillos de plata, y otros con otras figuras del mismo metal. Toda la ranchería, como de gran fiesta, le condujeron alegres á la choza, que le tenían dispuesta, convidándole á tomar algún descanso de las molestias del camino.

¿Quién no creyera en la sinceridad de tales demostraciones? El mismo P. Malagrida, aunque conocía á fondo la deslealtad de sus hospitalarios indios, estaba bien lejos de figurarse, ni por barruntos, hasta donde llegaba su perfidia. Así fué como creido que todos aquellos agasajos nacían de corazones benévolos, llegada la noche, entregóse al corto sueño, que solía tomar, sin miedo ni recelo ninguno, antes confiado y lleno de lisongeras esperanzas se durmió echando planes sobre la futura cris-

tiandad. Gracias que velaba por él el ángel tutelar de aquellas reducciones.

Muy adelantada la noche, cuando juzgaron que así el buen Pastor como las fatigadas ovejas dormían ya profundamente, los cabezas de las familias Guaranis tuvieron concejo para deliberar sobre el comportamiento, que debían seguir con el Siervo de Dios. Unos opinaban por escuchar sus doctrinas sin comprometerse en nada; otros, volubles como veleta de torre, querían que se le arrojara de sus barrancas. En este conflicto de pareceres levántase el más anciano de la asamblea, y tomando la palabra les recuerda una por una las injurias, que hasta entonces habían recibido de los Caicaises patrocinados por el Misionero, y excitándoles á vengar los agravios, termina diciendo: *Llegó el momento de tomar satisfacción cumplida! Mañana, al despuntar del dia, cuando estén todos dormidos aún, caeremos sobre ellos y daremos á todos muerte sin perdonar á uno siquiera.* Sus planes fueron aprobados por unanimidad, y se disolvió la reunión partiendo cada uno á su choza á prepararse para el asalto.

A los primeros albores de la mañana, estando el P. Malagrida recogido en oración, oye repentinamente gran ruido y una voz misteriosa, que le decía: *Levantáos, huid, corred al momento, que está en riesgo vuestra vida!* Levántase á tales voces y mirando en torno suyo no vé á nadie. ¿De dónde habían salido aquellos gritos? No dudaba el Padre ser aquel un aviso del Angel custodio: sale al instante de su choza, cuando tropieza con los neófitos Caicaisianos, todavía catecúmenos, que se dirigían precipitadamente á su tienda clamando: *¡El bautismo! ¡El bautismo! ¡Ahí vienen los Guaranis! ¿No oís los gritos de muerte?...* No bien habían resonado tales clamores, cuando los enemigos armados de flechas y macanas se precipitan sobre la choza del Misionero con alaridos aterradores; y embistiendo á los indefensos Caicaises, descargan sobre los inocentes sus mazas tendiéndoles por el suelo moribundos, bañados en su propia sangre.

A vista de tan lastimoso espectáculo corre el P. Gabriel en busca de agua, y sin curarse del peligro que le amenaza, vuelve á sus infortunados hijos cubiertos de heridas y á punto de espirar, muévelos á dolor de sus culpas, y derramando sobre cada uno de ellos el agua regeneradora, franquéales la entrada del cielo por medio del santo bautismo. Apenas había acabado de bautizar la última víctima, cuando los sicarios arrojándose furiosos sobre el buen Pastor, le arrancan los vestidos dejándole casi desnudo, y con bejucos y ramas flexibles le atan al tronco de un árbol. Entonces, abandonándole solo por breves instantes, corren inmediatamente á la choza del Padre, y arrebatan cuanto había, profanando el cáliz y demás ornamentos sagrados, que el P. Gabriel había traido para celebrar los divinos misterios.

Con este feroz triunfo los pechos de aquellos salvajes rebosaban de júbilo: iba el uno con la estola al cuello, cubierto el otro con la

casulla, quien con una manga de alba, quien con alguno de los girones, que se habían repartido. Devastada la tienda, dando todos aullidos y saltos salvajes, vuelven precipitados á donde tenían atada la víctima. Aquí en medio de danzas frenéticas al compás de cánticos, graznidos descompasados, daban vueltas en torno del Misionero, el cual, amarrado á su dulce cruz, aunque penetrado de sentimiento por la triste escena, que tenía á la vista, oraba tranquilo y contento, y con los ojos levantados al cielo daba gracias al Dios de las victorias por haberle juzgado digno de su cáliz y de morir á gloria de su santo nombre.

Cuando los salvajes estuvieron rendidos de tanto danzar y de tanto gritar, se reunieron por segunda vez para decidir la suerte del prisionero. Todos, ébrios de coraje y como excitados por las furias infernales, á una voz pidieron su muerte y á la vez eligieron al más valiente y robusto de todos ellos para ejecutar la sentencia. El matador, desnudo, con el cuerpo horriblemente embadurnado de rojo, con la cara negra como un diablo, de la que se destacaban sus dos centelleantes ojos, con un penacho de abigarradas plumas en la cabeza y una enorme macana en las espaldas, se dirige con aire amenazador hácia el mártir, paséase pausadamente en torno de él, y haciendo chocar con gran ruido unas sartas de piezas de madera, que llevaba atadas á sus talones y muñecas, daba de cuando en cuando gritos espantables, anunciando á la víctima haber llegado su última hora.

Mientras tanto el glorioso Atleta respirando alegría, seguía con los ojos clavados al cielo, y ofrecía al Todopoderoso el sacrificio de su vida, haciéndole repetidas gracias por la palma del martirio, por tanto tiempo apetecida y de su corazón tan ambicionada. Además, en aquellos momentos críticos, emulando la caridad del divino Maestro, rogaba fervorosamente á Dios por sus verdugos, y le pedía con instancia que abrieran los ojos á la luz del Evangelio aquellos; que desgraciadamente los tenían cerrados aun á la natural. Por su parte, lleno de santo orgullo y celeste paz, esperaba tranquilo el golpe supremo.

Por último el salvaje, quitándose la maza de las espaldas, se acerca al Héroe, y después de haberle ignominiosamente motejado y afrentado con mil dicterios, levanta el brazo, é iba á descargar el golpe fatal, cuando sale repentinamente una vieja indiana, se le echa encima, y asiéndole fuertemente del brazo: *Detente*, le dice; *guárdate de sacrificar al Enviado del Grande Espíritu! Su muerte te sería funesta. Yo conocí, no ha mucho, al infeliz que mató al primer* Ropanegra, *que vino á nuestras barrancas: y yo misma ví morir al matador en medio de los más horribles tormentos, roído por gusanos!*

A estas palabras detúvose el salvaje, y dejó pavoroso caer en el suelo su macana. La india entonces corrió á los príncipes de la tribu, y les persuadió á que hicieran marchar al *Padre prieto* ó *Ropanegra*, así llamaban á los Jesui-

tas, sino querían atraer sobre sí y sobre sus hijos los castigos más horrendos. Escucharon atentos los jefes Guaranis recordando las desgracias, que les había acarreado la muerte del P. Villar; y cortando las ligaduras, con que le tenían aprisionado, le condujeron á la ribera del Itapicuru, donde habiéndole metido en una pequeña y mala canoa, le abandonaron sin compasión á merced de la corriente.

El invicto Confesor, bien que arrastrado precipitadamente por el ímpetu de las aguas, no podía apartar los ojos de aquella tierra inhospitalaria, y sobre todo no podía borrar de su imaginación la extraña y providencial escena, que acababa de acontecer. Transido de pena lloraba por la pérdida, no tanto de sus compañeros, como de la palma del martirio, que le parecía haber ya tocado como con las manos. Seguía embebido en estos pensamientos, llevado ya á una parte ya á otra por impulso de la corriente, cuando, á larga distancia de los Guaranis, de súbito oye salir del bosque contiguo al rio una voz llorosa, que repetía: Padre!... Padre!...

Con grandes esfuerzos se pudo acercar á la orilla y pararse: entonces mirando en dirección de donde salía la voz, descubrió al través del espeso ramaje una figura humana, que descendía arrastrando por la pendiente del monte á la orilla del rio. Era un niño Caicaisé, que había seguido al Padre en la expedición para ayudarle la misa. ¡Pobrecito! En la terrible matanza de los neófitos había recibido una

fuerte herida en la cabeza, y los asesinos lo habían dejado por muerto tendido entre los demás cadáveres; pero habiendo recobrado los sentidos, se aprovechó de la algazara y tumulto en el asalto de las prendas sagradas, y se escapó sigilosamente al bosque, desde el cual alcanzó á divisar al P. Malagrida arrastrado por el rápido curso del Itapicuru. Reconocíolo al instante el buen Pastor, y gozoso de poder salvar la vida de aquella tierna oveja, la hizo entrar en su canoa con grandes muestras de cariño, lavóle blandamente las heridas y se las vendó con algún girón del vestido, que todavía le quedaba.

El joven indio, tan débil y desangrado como estaba, cogió una percha, que le sirviera de remo, y dirigió la fusta con tal maestría que al cabo de tres días arribaron á los ranchos de los Caicaises. El Pastor y el corderito, pálidos y desfigurados, más parecían salidos de la tumba, que hombres vivos. El P. Malagrida había pasado cuatro días sin otro alimento que un bocado de tasajo, seco como una tira de cuero, de suerte que las mandíbulas se le habían cerrado y fué necesario abrírselas con instrumento de hierro. En cuanto al pobre rapazuelo, no pudiendo resistir á tantos males y dolores, sucumbió á los pocos dias de su llegada.

Tras tantas y tan amargas peripecias, otra escena ocurrió en el desembarque mucho más dolorosa para el compasivo y amante corazón del Apóstol. Luego que los Caicaises supieron la bárbara carnicería, que los Guaranis habían

hecho de los padres, hijos, ó allegados de ellos, se entregaron á la más triste y desgarradora desesperación. Agrupáronse de tropel en torno de la vivienda del afligido Misionero, y allí mesándose los cabellos, hiriéndose de vivo dolor, pedíanle á voces y con lastimeros alaridos que les devolviera las víctimas, que había conducido á la muerte. *Vuélvenos á nuestros padres,* le gritaban entre lágrimas y sollozos, *vuélvenos á nuestros esposos, á nuestros hermanos, á nuestros hijos!... ¿Para esto has venido?... Tú los perdistes, sí! Tú los llevastes al matadero!... Infelices! Y qué será de nosotros?...* Las lágrimas y gemidos interrumpían sus quejas y lamentos, dejando atravesado el corazón del buen Pastor, y sumido en un mar de amargura para él harto más acerbo que el más sangriento martirio.

Mas rehaciéndose su acongojado espíritu y sacando fuerzas de flaqueza, procuraba consolar á todos con suma bondad y dulcedumbre; y llorando con los que lloraban, mezclando sus lágrimas con las de las huérfanas y viudas, no paró hasta ver serenado su dolor y endulzada su tristeza. Tal es la tierna é interesante anécdota, cuyos pormenores nos dejó escritos el mismo P. Malagrida.

Calmada la tempestad, sin desmayar un punto al contemplar humanamente malogradas las fatigas de expedición tan penosa como querida, continuaba fertilizando con nuevos sudores y desvelos el campo de la pequeña grey, que le estaba confiada. Iba poco á poco,

con indecible paciencia y constancia inalterable, aficionando á los Caicaises y Tobajares al trabajo, á las ventajas de la vida cristiana y civil, á la frecuencia de Sacramentos y á todas las obras de piedad, recomendadas por la Iglesia. Cultivada aquella viña con tanta diligencia y esmero, empezaba ya á rendir el suspirado incremento. En todos los estados y condiciones florecían flores bellísimas de virtudes; á todas horas y en todas partes se recogían ya sabrosos frutos de caridad evangélica. Este consolador espectáculo mantenía al P. Gabriel en sus acariciados planes de nuevas conquistas; y su corazón, como refinada dinamita, no necesitaba sino un pequeño choque para barrer todos los obstáculos que se le pusieran delante. ¿Quién podrá atajar sus pasos al ofrecérsele nuevas ocasiones de llevar la doctrina de salud eterna á otras tribus sepultadas aún en las sombras de la muerte?